

Las tribus de más allá del Jordán, que fueron las primeras que se establecieron cuando apenas existía la idea de un dios común a todo Israel, y que no estaban unidas con el resto de los israelitas íntimamente, sentían más que otras el deseo de un culto particular. Los jehovahístas del Oeste las acusaban de no ser de la religión del resto de Israel. Realmente las tribus transjordánicas tenían un altar particular que más adelante les echaron en cara los puritanos como un crimen. Probablemente sería el antiguo Galaad (montón del testimonio) en el cual se habían hecho sacrificios, libaciones y festines de alianza desde la antigüedad más remota. Allí se juraba solemnemente. Aquella era la capital religiosa de la Transjordania. El altar se dedicaba a Jehová cuando el país estaba unido con Israel, pero el jehovahismo no encontraba allí su terreno. Muchos dudaban seriamente que el dominio de Jehová se extendiera más allá del Jordán.

El gran territorio de la semitribu oriental de Manasés, o sea el Basán, se poblaba con lentitud. Aquellos países no tuvieron civilización hasta el primer siglo de nuestra Era. El verdadero colonizador fue el manaseíta Jair, sobre el cual hay varias tradiciones, haciéndole unas contemporáneo de Moisés, y otras uno de los Jueces. Lo que se llamaba Havvot Iair (pueblos de Jair) correspondía a la Gaulonítima, al Este del lago de Genezaret.

El más famoso de los héroes legendarios de Galaad fue Iftah o Jefté, probablemente abreviatura de Iftahel. Era un bandido, hijo, según unos, de una cortesana, y según otros, de una concubina, hechos que le impedían compartir la herencia con los demás hijos de su padre. Lo mismo ocurrió a Abimelek y en cierto modo a David. Salomón también fue hijo adulterino. Había afición a suponer algo irregular en la genealogía de los grandes hombres, para dar mayor esplendor a su destino. Tendencia natural de todos los ciclos épicos ha sido dar tal origen a sus héroes. Israel incluso en su leyenda heroica es poco militar. El *gibbor* ideal no es un jefe de familia regular, un primogénito destinado a suceder a su padre, sino un hijo ilegítimo que hereda más que los legítimos el heroísmo de la raza. El héroe militar era normalmente un desterrado, obligado a aceptar la compañía de los malandrines por haberle expulsado su familia. La oposición entre el pacífico Israel y el soldado de oficio comenzó a surgir.

Una vez expulsado por sus hermanos, Jefté se dirigió al país de Tob, donde se hizo jefe de aventureros que vivían del pillaje. La pequeña venganza del bandido es la necesidad que se tiene de él en días de peligro.

Los amonitas amenazaban sin cesar a los israelitas de Galaad y de Basán. A veces pasaba el enemigo el Jordán y derrotaba a las tribus del Oeste. Un ataque más impetuoso que los demás obligó a las galaaditas a dirigirse a Jefté, que vivía como un bandolero. Le prometieron la soberanía si los libraba de sus enemigos. Jefté, en efecto, venció y echó a los amonitas de las poblaciones de Manasés, de Gad y de Rubén, que habían ocupado.

En los cantos populares de aquel tiempo se halla un episodio de esta guerra, que originó muchas poesías. Dicen que Jefté ofreció a Jehová, si conseguía la victoria, sacrificar la primera persona que cruzara el umbral de su puerta para ir a su encuentro. Ésta fue su hija que acudía seguida de otras doncellas con música y cánticos, y al conocer la terrible promesa de su padre, le rogó solamente que dejara transcurrir dos meses, para que pudiera llorar su virginidad. Cumplido el plazo, el caudillo realizó su voto, y pereció su hija sin haber conocido varón.

Seguramente Jefté, antes de emprender una campaña difícil, sacrificó a una de sus hijas, costumbre bárbara que se empleaba en las circunstancias solemnes de peligro para la patria. El deísmo patriarcal había suprimido estas inmolaciones, pero el jehovahismo, con su principio nacional, les fue más bien favorable. No se ofrecieron demasiados sacrificios humanos al primitivo Dios ni a los élohim. Los dioses a quienes se creía servir con tales holocaustos son los patriotas, como el Carnos de los moabitas, el Jehová de Israel, el Milkom de los amonitas, el Moloch de los cananeos y el Melkart de Cartago.

No fue la hija de Jefté la única víctima ofrecida a Jehová antes de su gran suavización moral en el siglo VIII. Tampoco puede decirse hasta qué punto reinaba Jehová en aquellos tiempos en estos lugares perdidos del israelismo. La narración del Libro de los Jueces presenta a Jefté como a un servidor de Jehová. Posible es que lo fuese; pero incluso no siéndolo, el redactor diría lo mismo, pues por sistema sólo podía obtenerse una victoria en nombre de Jehová. Realmente esas distinciones, capitales para nosotros, eran vanas entonces. Si pudiéramos preguntar a Jefté si sacrificó a su hija a Jehová o a Baal Berit, probablemente se vería apurado para contestar.

Cada vez más Jehová se hacía sinónimo de Israel. Se suponía que el dios nacional no se distinguía de la nación. Lo que cada nación posee se lo ha dado su dios. Aquellas tribus habían llegado a creer, mezquinamente, que la divinidad hacía muy bien en quitar a los primeros ocupantes sus tierras para darlas a los recién llegados, objeto de una preferencia inmerecida. Considerábase esta donación del dios un título definitivo. Era mucho más justo y grande el dios de los nómadas.

El esplendor de Jefté fue envidiado por los efraimitas, como había ocurrido antes con el de Gedeón. Se quejaron de que no se los hubiese llamado a la guerra contra los amonitas, habiendo sido ellos quienes no habían querido acudir a la hora del peligro. Los efraimitas entraron en Galaad y quisieron quemar la casa de Jefté, pero éste los derrotó totalmente. Los galaaditas cortaron los vados del Jordán, y cuando se presen-

taba un efraimita para pasarlo le hacían pronunciar la palabra *Schibolett*. A los que pronunciaban al estilo árabe, demostrando que eran efraimitas, se les degollaba.

Jefté, después de esta victoria, tuvo alguna autoridad sobre todo Israel; pero no era más que un soldado sin familia ni posteridad y no hizo nada para dar a su poder algo duradero que le sobreviviera.

Las listas viejas de Jueces se hicieron poniendo unos tras otros los nombres de personas antiguas y considerables que se recordaban. Después de Jefté se colocaba a Ibsan de Belén (en Zabulón). Dichas listas ingenuas, llenas de repeticiones y estribillos, tienen el carácter de fragmentos aprendidos de memoria, en los que, para ayudar a ésta, se utilizaban todos los procedimientos de la aliteración y del equívoco.